BIBLIOGRAFIA NACIONAL.

ESTUDIOS CIENTIFICOS Y FILOSOFICOS.

("La Epoca," Tomo I, Núm. 274.)

DESGRACIADAMENTE ha sido hasta hoy tan rara entre nosotros la dedicación de los hombres de letras á los estudios serios y trascendentales, que puede considerarse como un acontecimiento bibliográfico la publicación de un libro consagrado á dichos estudios.

Para esta razón, y estimando de gran importancia la obra filosófica que como fruto de largos años de un trabajo ímprobo acaba de dar á luz el Sr. Lic. D. Ramón Manterola, tenemos mucho gusto en retirar nuestro editorial de hoy, para reproducir del *Correo de San Luis* la carta que sobre la obra en cuestión, dirigió á su ilustrado autor el Sr. Lic. D. Manuel José Othon.

Cuando el Sr. Manterola tuvo la bondad de enviar un ejemplar de su "*Ensayo*" á esta redacción, prometimos ocuparnos de él con el detenimiento que merecía, y pronto cumpliremos nuestra promesa publicando algunos artículos analíticos de la nueva obra con que ha venido á enriquecerse nuestra bibliografía nacional, y que entendemos ser la primera de su género, escrita en el país y aún tal vez en la América Latina.

He aquí, entretanto, la "Carta abierta" del Sr. Lic. Othon, que ha motivado las anteriores líneas:

De San Luis Potosí á México.—Julio 31 de 1884.—Sr. Lic. D. Ramón Manterola.—Mi querido amigo y compañero:

No hace dos meses todavía que tuve la satisfacción y el gusto especial de conocer en su preciosa habitación de Tacubaya, los dos últimos artículos con que cierra vd., como con broches de diamantes, el magnífico libro que acaba de lanzar al mundo de la ciencia y de la filosofía.

Muy presente en mi memoria está el recuerdo de aquella tarde que pasamos en sabrosa plática sobre los más arduos problemas que al entendimiento humano atormentan. Yo, refractario casi á los estudios profundos y elevados, recogí de sus labios las ideas científicas y filosóficas más incomprensibles hasta entonces para la capacidad de mi inteligencia, y penetraron en mi ánimo con una claridad tal, que creo que jamás podrán borrarse de mi memoria. Hasta consiguió vd. infundirme amor á esta clase

de estudios, y como desde entonces no he dejado de pensar en las cuestiones que debatimos aquella tarde, he sentido que imperceptiblemente han penetrado en mi cerebro nuevas ideas acerca del mismo asunto, y se ha despertado en mí algo que llamaré curiosidad por conocer á fondo los más ocultos problemas del universo y del espíritu, para poder resolverlos yo mismo, como mis alcances lo permitan y de la manera que mejor satisfaga á mi corazón y á mi inteligencia.

Así es que he recibido su *Ensayo sobre una clasificación de las ciencias* con verdadero ahinco y entusiasmo; corté las hojas, y no puedo decir á vd. que lo he devorado, pues obras de la naturaleza de la suya, por más que estén escritas con la claridad, concisión, elegancia y tersura de forma con que vd. escribe, difícil si no imposible, es que puedan entrarse por los ojos, como vulgarmente se dice, aunque el anhelo del lector sea mucho y más aún su curiosidad.

He leído su libro con verdadero recogimiento. Sus páginas se han grabado letra por letra en mi cerebro, porque acaso la cualidad que más sobresale en su estilo, al menos para mí, es la de la sencillez, clara y concisa como la verdad. Es vd. un filósofo inteligible; esto parecerá una paradoja, pero es cierto. Inteligible he dicho, y he debido agregar: *para los profanos.* Dicho se está que para los sabios y para los que á los estudios filosóficos se consagran, claras, clarísimas deben ser las enmarañadas obras de

metafísica alemana, de teología de la Edad Media y hasta del moderno materialismo que yo, lo confieso, jamás he entendido, siendo por esta causa mi desesperación y mi tormento.

Y no creí yo nunca, como á muchos he oído decir, que las verdades sobre Dios, el universo y el alma, eran de tal manera terminantes y sencillas, que no necesitaran de una explicación, aunque fuese tan alambicada y sutil ó tan seca y descarnada como las de la metafísica y del positivismo. Tampoco he creído que sean tan hondas é incomprensibles, que el humano espíritu no deba escudriñarlas y analizar esa inmensa serie de causas y de efectos que en el universo moral y físico se están operando eternamente. No: yo creía y sigo creyendo que el hombre puede y debe investigar el por qué de todos los fenómenos. De su descubrimiento tiene que deducirse por fuerza el mejor cumplimiento de su destino y la más acertada dirección que á sus facultades deba dar; y como para emprender tal trabajo tiene elementos suficientes, ningún obstáculo se opone á la consecución de semejante objeto.

Solamente, pensaba yo, que entre el inmenso cúmulo de doctrinas, contradictorias las más veces, obscuras y alambicadas otras, muy difícil, casi imposible debe ser para el hombre encontrar la verdad y dejar del todo satisfecho su espíritu. Entre la negación absoluta y la afirmación absoluta también, algo debe existir que haga la luz en el caos de las confusiones humanas; y buscando ese *algo*, sin es-

tudiar lo suficiente para descubrirlo, iba á dar otra cosa más espantosa todavía: la duda. No podía comprender que existiera un término medio (no hablo de los términos medios adoptados por los irresolutos ó por los imbéciles), que tomando la verdad de la negación, y de la afirmación, se planta en el lapso donde principia la obscuridad y acaban los esclarecimientos. La filosofía moderna, salvo algunas escuelas, á conseguir este objeto se ha dirigido, y vd. con sabiduría verdadera, con estudios profundos y con talento incuestionable, ha sabido arrojarse de los primeros, en esa senda generosa y noble que llevará en el porvenir á la raza humana á su verdadero destino, que es la perfección del espíritu.

Las ideas que con la lectura de su libro han surgido en mi entendimiento, las impresiones de asombro y admiración que sus teorías me han causado serán el objeto de algunos artículos que me apercibo á escribir, llenando con ellos dos fines. Es el primero cumplir á vd. un ofrecimiento hecho cuando me dió á conocer el objeto de su obra, antes de que estuviera terminada la impresión. Vd. se empeñó en que yo le comunicase el efecto que su doctrina me causaba, y yo, aunque tenía, francamente lo confieso, la intención de no cumplir el ofrecimiento, porque tal tarea era superior á mis fuerzas, quedé comprometido con vd. para decirle mis ideas y hoy lo hago por medio de la prensa. El segundo objeto que llevo es fijar mis opiniones filosóficas, á fin de que por medio de esta gimnasia intelectual acaben de to-

mar forma en mi ánimo y sirvan de apercibimiento á nuevas verdades, escondidas hasta hoy para mí en el abismo de las ciencias y de la naturaleza.

Al llenar el primero de estos fines me apresuro á decir á vd. que no creo haber comprendido del todo sus teorías, pues poco acostumbrado á semejantes estudios, natural es exista mucha torpeza en mi ánimo, y más aún, mucha dificultad para expresarme. Hombres verdaderamente sabios y profundos, á las ciencias avezados, deben ocuparse en Europa y en México de su notable trabajo, que hasta hoy, triste es decirlo, solamente ha sido juzgado por nuestra prensa en párrafos insulsos de gacetilla y en revistas de zarzuela y de hipódromos, como si estudios de la naturaleza del suyo fueran tan insignificantes y ligeros como los artículos que diariamente vomitan los periódicos.

Creo también, mi querido amigo, que hoy por hoy pocos serán los escritores que en México hagan un estudio profundo y formal de su obra, pues muy pocos serán los que la lean y se empapen en su contenido. Las circunstancias difíciles por que atravesamos, el pervertido gusto literario que reina, la ninguna afición á los estudios serios, son otros tantos obstáculos que á la gloria y admiración que al talento de vd. se debe en justicia, se oponen. Cuando en el extranjero se hayan ocupado de vd. y de su libro, entonces será cuando sepamos en México que es vd. un filósofo de gran talla y que es su obra de un mérito verdadero. Yo no lo juzgo porque soy in-

capaz, pero de inteligencia muy roma se debe ser para no adivinar la trascendencia y novedad que sus teorías encierran.

Reciba vd. con mis más cordiales felicitaciones mi homenaje de admiración que soy de los primeros en tributarle, y apercíbase á leer mis desaliñados artículos y perdonar los desaciertos en que por fuerza tengo que incurrir.

Sabe que lo aprecia su afectísimo amigo y compañero,

Manuel José Othón.